

Perfumes en Roma: el aderezo máspreciado

Para los antiguos romanos, los perfumes eran «una de las cosas más exquisitas y más nobles» de la vida

El escritor latino Plinio el Viejo decía del perfume que era el más superfluo de los lujos, dado su carácter efímero, y que sólo servía «al placer del que se ha perfumado». El propio origen de la palabra, proveniente del latín *perfumum*, ya nos está indicando su volatilidad: olor «por medio del humo», ya que en su origen los aromas para perfumar el ambiente se obtenían quemando resinas, raíces y maderas olorosas que producían un humo perfumado. ¿Y hay algo más volátil que el humo?

Pero aunque la palabra que empleamos en nuestros días proviene del latín, el origen del perfume se retrotrae en el tiempo. El gusto de los seres humanos por acicalarse y perfumarse no es un concepto contemporáneo, como podríamos pensar. Desde tiempos inmemoriales hemos buscado el modo de elaborar fragancias, campo en el que los antiguos griegos y romanos alcanzaron una gran pericia.

En la Antigüedad, los fabricantes de perfumes fijaban el aroma en una sustancia cremosa o grasa que retuviera el olor, ya que el alcohol, que habitualmente asociamos con la elaboración de los perfumes, no comenzó a ser utilizado como base de los mismos hasta el siglo XIV.

Fórmulas y materias

La composición del perfume constaba de dos elementos. El primero era la base, de carácter líquido y composición grasa, que amalgamaba y permitía la conservación de los aromas. Estaba formada por un aceite vegetal, principalmente el de oliva, aunque también podía usarse el de sésamo o el de lino. Cuanto más graso era el aceite —como el de almendras—, mayor era la duración del olor. A esta base líquida se le podían añadir conservantes y colorantes, como el cinabrio o la orcaneta (una



CAJA DE MARFIL CON ÚTILES DE BELLEZA. MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL, NÁPOLES.

planta vellosa con flores amarillas). El segundo componente, de carácter sólido, eran las plantas, flores, raíces o resinas que se añadían al aceite y le aportaban la fragancia. El repertorio de aromas era muy amplio, aunque el de las rosas destacaba sobre los demás. Otras sustancias empleadas eran la mirra, la canela, el azafrán, el nardo, el narciso o el membrillo.

Las fórmulas para la elaboración de los perfumes, en sus distintas variedades y calidades, podían ser realmente complejas. Plinio aporta los ingredientes de una de estas recetas, compuesta de flor de rosa, aceite de azafrán, cinabrio, cálamo aromático, miel, junco oloroso, flor de la sal, orcaneta y vino. Por su parte, Dioscórides, en su obra *De materia medica*, precisa incluso las cantidades de cada ingrediente, como los mil pétalos de rosa que, según indica, han de utilizarse para obtener el perfume de esta flor.

Crear una buena esencia

Para obtener el aroma a partir de las materias vegetales, podía usarse el prensado, la maceración en frío o la maceración en caliente. El prensado consistía en aplastar las materias olorosas tensando una tela. En la maceración en frío se colocaban el aceite y los pétalos en capas alternas. Éstos se iban sustituyendo periódicamente para impregnar más y mejor la grasa, llegando a realizarse varios enflorados. Cuantas más veces se



El 'Chanel núm. 5' de los romanos

LA ZONA DE CAMPANIA, en el sur de Italia, era muy reputada por la fabricación de perfumes. Allí la producción se hizo a gran escala y alcanzó niveles protoindustriales. La variedad más famosa de todas era el perfume llamado *Rhodinum Italicum*, elaborado con las rosas cultivadas en la región. Tanto en Pompeya como en Herculano o Paestum se han identificado tiendas de perfumistas con las prensas y los recipientes para su venta. Las excavaciones nos indican que el empaquetado y el enflorado se hacían delante de los clientes y que, por tanto, taller y tienda ocupaban el mismo espacio.

UNA JOVEN VIERTE PERFUME EN UN ALABASTRÓN. MUSEO NACIONAL ROMANO.

SCALA, FIRENZE

FRASCOS DE FANTASÍA

CON LA INVENCION del vidrio soplado en Siria, en el siglo I d.C., empezaron a popularizarse las *ampullae*, botellitas de vidrio para contener perfumes de muchas y variadas formas, algunas absolutamente excéntricas. El vidrio era mucho más barato que el alabastro, lo que contribuyó a la reducción del precio final del producto y a popularizar su uso.

UNGÜENTARIO DE CRISTAL. SIGLO IV. MUSEO ARQUEOLÓGICO, MARSELLA.



BBN/GRAND PIERRES

añadieran y removieran las flores, más intenso era el aroma. La maceración en caliente, el método más empleado, se efectuaba de la misma manera, pero calentando la mezcla en un caldero o en un horno.

En Roma, los perfumes se comercializaban en tiendas especializadas, las *tabernae unguentariae*. Estos establecimientos se agrupaban en barrios (*vici unguentarii*) que, como los gremios medievales, reunían a estos profesionales. Eran grupos familiares cerrados que guardaban los secretos del proceso y transmitían las fórmulas de generación en generación. Al parecer, era

habitual la presencia de mujeres en el negocio, tal y como se desprende de ciertos epitafios funerarios. No queda claro, sin embargo, si se dedicaban sólo a la venta del producto o también a su elaboración.

Los contenedores de perfumes pasaron a ser elementos de vital importancia, de tal modo que un producto de lujo no estaba formado sólo por el contenido, sino también por el continente. No todos los materiales conservaban igual los aromas: el alabastro, por ejemplo, era una piedra especialmente valorada, dado que era impermeable y estanca, aunque muy

cara. La cerámica, muy popular en Grecia, fue sustituida en Roma por el vidrio, que poseía también excelentes cualidades de conservación pero era un material mucho más asequible, reutilizable y reciclable.

Perfumes para todos

Hombres y mujeres se perfumaban por igual, pero no con las mismas esencias, que podían clasificarse en masculinas y femeninas. Decía el poeta Marcial en uno de sus epigramas: «Me seducen los bálsamos porque éstos son los perfumes de los hombres: vosotras, matronas, exhalad los

PERFUMISTAS DE POMPEYA

LOS FRESCOS de la lujosa casa de una familia de comerciantes de Pompeya, los Vettii, muestran a unos *putti* (cupidos) realizando diversas tareas, entre ellas la fabricación y venta de perfume, tal como se representa en este friso. En primer lugar, dos *putti* martillean una prensa para obtener aceite ①. A su lado, otro remueve el macerado de plantas en aceite que hay en el interior de una caldera ②. Dos *putti* revuelven un preparado en un contenedor alto ③ y, a su izquierda, otro sujeta una vasija de vidrio ante un armario lleno de recipientes ④. En la última escena, una compradora prueba el perfume en su muñeca ⑤.

FRESCO DE CUPIDOS PERFUMISTAS EN UN TRICLINIO DE LA CASA DE LOS VETTII, POMPEYA.



FUGLIA/SABA, FRODIZ

olores deliciosos de Cosmos [famoso perfumista de la época]. Múltiples son las citas que indican que era una costumbre arraigada en ambos sexos. «No todo el mundo puede oler a perfumes exquisitos como hueles tú», dice Tranión a Grumión —ambos personajes masculinos— en la comedia *Mostellaria* de Plauto. Se decía del emperador Nerón que gustaba de impregnarse las plantas de los pies con perfume, mientras que en la *Domus Aurea*, su lujoso palacio en Roma, había introducido un curioso método de aromatización según recoge Suetonio: «El techo de los comedores

estaba formado por tablillas de marfil móviles, por algunas aberturas de las cuales brotaban flores y perfumes».

El tipo de aroma también variaba según las clases sociales. Los plebeyos utilizaban perfumes baratos o adulterados, hechos con aceites de baja calidad como el de aceitunas verdes o el de ricino, y aromatizados con plantas como el junco oloroso. Era el caso de las prostitutas. Adelfasia, personaje de la comedia *Poenulus* de Plauto, le dice a

su hermana: «¿Acaso quieres mezclarle allí entre estas prostitutas [...], despojos de mujeres de baja estofa, miserables harapientas perfumadas con perfume barato?». Nada que ver con los perfumes destinados a las élites, más densos, aromatizados con exóticos productos y que podían llegar a costar precios astronómicos. El indiscutible valor del perfume queda recogido en uno de los epigramas de Marcial. Concretamente en su libro *Xenia*, en el que describe los regalos que solían intercambiarse en las fiestas de las Saturnales, dice: «Nunca dejes a tu heredero ni el perfume ni los vinos. Tenga él tu dinero; éstos todos a ti mismo dátelos».

En cambio, su uso era criticado por los moralistas e, incluso, en la Atenas de Solón y en la Roma republicana se emitieron leyes

para prohibirlos. También los espartanos, conocidos por su austeridad, echaron de su territorio a los vendedores de este tipo de mercancías. Lo cuenta el estoico Séneca, que en uno de sus textos moralizantes recuerda cómo «los lacedemonios expulsaron de su ciudad a los perfumistas y les instigaron a que se apresurasen a pasar la frontera porque desperdiciaban el aceite». Para la mayoría de los filósofos latinos y para ciertos emperadores, el uso del perfume era una frivolidad imperdonable. Suetonio, en la vida de Vespasiano, cuenta cómo el emperador «habiéndose presentado muy cargado de perfumes un joven a darle gracias por la concesión de una prefectura, se volvió disgustado y le dijo con severidad: «Preferiría que olieses a ajos», y revocó el nombramiento».

Sin embargo, los perfumes se aceptaban plenamente en ciertos contextos. Por ejemplo, el uso de aceites

perfumados en el mundo del deporte aparece desde tiempos de Homero. En Roma, los atletas que acudían a practicar deporte a las termas solían llevar consigo un «kit de belleza», con ungüentarios que contenían el preciado aceite con el que se ungián antes del ejercicio y que retiraban después con el estrígilo, una pieza curva de bronce.

Para los dioses y los difuntos

Perfumar el ambiente para sacralizar los ritos y las ceremonias, tanto en los templos como en el ámbito doméstico, era asimismo algo habitual en la Antigüedad. Los aceites olorosos podían entregarse como ofrendas en los altares familiares a los dioses o a los antepasados, y también se perfumaban las estatuas de culto y los animales para el sacrificio. «El efecto placentero de los perfumes ha sido admitido [...] entre las cosas agradables de la vida

más exquisitas e incluso más nobles, y su consideración ha comenzado a extenderse hasta para las honras fúnebres», cuenta Plinio. En las necrópolis romanas, los ungüentarios de vidrio eran uno de los elementos funerarios más comunes. Contendían los perfumes y aceites necesarios para ungir el cuerpo del difunto. Narra el mismo autor, hablando de la canela, que «ni con la cosecha de un año se cubriría tanta cantidad como la que el emperador Nerón mandó quemar en el último adiós a su [esposa] Popea».

MARÍA JOSÉ NOAIN
ARQUEÓLOGA

Las estatuas de culto y los animales para el sacrificio se perfumaban con aceites olorosos

UN SACERDOTE VIERTE ACEITE PERFUMADO SOBRE UN TORO. MUSEO DE HISTORIA, BIERNA.



Para
saber
más

ENSAYO
La vida cotidiana en Roma
en el apogeo del Imperio
J. Carcopino. Temas de Hoy,
Madrid, 2001.

Histories de tocador (catálogo)
Generalitat de Catalunya, Bcn., 2018.

TEXTOS
Historia natural
Plinio el Viejo. Gredos, Madrid, 2010.